1217

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

BLANCOS Y NEGROS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

DE

D. JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

Y

D. FÉLIX GONZÁLEZ LLANA

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1893

2

A nuestro querido amigo el distinguido actor Ricardo Mano

Félix G. Cuenca J. Francos Rodríguez

BLANCOS Y NEGROS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BLANCOS Y NEGROS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

DE

D. JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

Y

D. FÉLIX GONZÁLEZ LLANA

Estrenado con éxito extraordinario en el TEATRO ESPAÑOL la noche
de Diciembre de 1893

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1893

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA CATALINA DE TORRELLAS (22 años).....	Sra. Rodríguez.
PEPA, nodriza de Catalina (50 años).....	Argüelles.
PEPET, su hijo (15 años).....	Srta. Caire.
GASPAR SIMO, herrero (24 años).....	Sr. Bueno.
DON LEANDRO DE TORRELLAS (30 años).....	Mata.
DON VICENTE, su hermano (25 años)..... .	López.
PADRE JACINTO.	Gómez.
ESCUDE, partidario de los Torrellas.....	Baleriola.
MANUEL, posadero.....	Rubio.
ANTONIO.....	Soler.
VOLUNTARIO 1.º, liberal.....	Avilés.
IDEM 2.º, idem.....	Cernadas.
IDEM 1.º, realista.....	Fernández.
IDEM 2.º, idem.....	Cruz.

Voluntarios realistas y liberales, gentes del pueblo

La acción en uno de los pueblos de Cataluña, durante la insurrección realista de 1822

Por derecha é izquierda las del actor.

ACTO PRIMERO

Entrada del pueblo; en el fondo una meseta amurallada, desde la cual se supone que puede verse el campo. En primera, derecha, entrada de un mesón, con banco rústico á la puerta. En segunda, derecha, portalón de entrada al pueblo. En tercer término y formando ángulo, el palacio de los Torrellas, en el cual se penetra por ancho portalón. En el piso principal del palacio galería corrida practicable. En la izquierda de todo el escenario selva y terrenos accidentados. Al foro horizonte y montañas y la entrada de un camino. Al empezar la acción es la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO sentado á la puerta del mesón y ESCUDÉ mirando hacia el campo desde la meseta del fondo. Después MANUEL por la posada

ANT. ¿Qué?... ¿Ves algo?

ESC. ¡Ya lo creo!... La gente de Gaspar se acerca.

ANT. ¿De Gaspar Simó?

ESC. ¡Sí, no cabe duda! Ese loco quiere darnos un mal rato... ¡Ah, pillo! Ya te lo diremos de misas en cuanto caigas en nuestras manos...

ANT. ¡Si cae!

ESC. Caerá, pierde cuidado. (Volviéndose.)

ANT. ¿Quién sabe?

ESC. ¡No faltaba otra cosa!... ¡Y pobre del que lo defienda!

ANT. ¿Amenazas?

ESC. Por si acaso.

612248

ANT. Pues perderías el tiempo.

ESC. Eso lo veríamos.

ANT. Haz la prueba. (Levantándose. Manuel aparece á la puerta del mesón.)

MAN. ¡Hola! ¿Disputáis?... Discusión política, sin duda.

ANT. Yo no entiendo de política..

MAN. Hace unos cuantos años que los españoles no tenemos tiempo más que para rompernos la crisma en defensa de blancos ó negros.

ANT. Hay quien defiende á los dos bandos.

MAN. Mientras hubo franceses, no hubo partidos; pero se marchó el enemigo de la patria y nos ha quedado el resabio de pelear.

ESC. Tú no tienes ese resabio.

MAN. No, yo no quiero riñas. Yo sólo deseo paz, mucha paz y mucha gente en mi posada...

ANT. Para hacer tu agosto.

ESC. Pues lo que es ahora...

MAN. Ahora, ni un alma. ¿Quién ha de viajar por Cataluña en estos tiempos? Guerras, motines, partidas, asonadas!... ¡Y todo para hacernos felices! ¡Cómo si no hubiera, para darnos la felicidad, otro medio que el de andar á balazos!

ANT. Pues prepárate para la buena.

MAN. ¿Qué dices?

ESC. Ahora va de veras. ¡Mira!

MAN. ¿Qué es ello? (Se acercan á la meseta.)

ESC. ¿No ves detrás del cerro de Castell una porción de hombres armados?

MAN. Sí; ya los veo.

ESC. Pues son de la partida de Gaspar.

ANT. Dicen que trae mucha gente, y que viene en son de guerra.

ESC. Se le recibirá como desea.

MAN. ¡Otra tremolina!... ¡Pues, señor, no ganamos para sustos! Hace un mes que don Leandro y su hermano don Vicente nos pusieron á todos en batalla. Quemaron, arrasaron, mataron, y yo, como triunfaban, me hice de su partido... Parecía asegurado el triunfo, y ahora resulta...

ANT. Que vienen á pedirles cuentas.

ESC. Que ellos no darán.

ANT. Eso después lo veremos.

ESC. Mucho defiendes á ese tunante... ¡Eres tú liberal!... Pues mira, anda con tiento, que la regencia de Urgel ha dado severas instrucciones para que á cuantos huelan á constitucionalismo, masonismo y demás perrerías liberalescas se les trate como á seres dignos de los mayores castigos.

MAN. Bien sabe Dios que nunca fuí liberal... El Señor nos libre, amén. (Persignándose.)

ANT. Yo no soy liberal, ni nada. Pero, la verdad, me gusta ese mozo; ese Gaspar Simó, que ahora se le sube á las barbas al propio don Leandro de Torrellas, señor de estos contornos, cortesano hasta la médula de los huesos y soberbío hasta la coronilla.

ESC. Conque te gusta, ¿eh?

ANT. Sí que me gusta. Y á tí y á todos os debiera gustar.

MAN. ¡A mí no! ¡Virgen Santísima!... ¡Un hombre que está caído! *Abrenuncio.*

ANT. ¿Qué pecado cometió Gaspar?... Ninguno. ¡Obrero inteligente, el más listo y el más leído de todos nosotros! Siempre se condujo como hombre honrado... Hace unos meses, el señor don Leandro alzó el grito de guerra en favor del rey absoluto, y Gaspar con unos cuantos se opuso. Lo que pasó después, lo sabéis también como yo.

MAN. Ya lo creo que lo sabemos.

ESC. Pasó lo justo.

ANT. No puede ser justo lo que es villano. Las gentes de don Leandro entraron en casa de Gaspar buscándole, y como Simó había huído saquearon su vivienda, la prendieron fuego y mataron á su padre, á un pobre viejo de setenta años... ¿Es así como defendéis la santa causa los devotos?

ESC. Así es preciso defender la religión.

MAN. Y así debían defenderse las posadas.

ANT. Pues á mí no me cabe en la cabeza esa manera de imponer las creencias. Por eso veo

con simpatía la conducta de Gaspar... Han matado á su padre, han destruído su casa... pues es justo y natural que él intente tomar venganza de hechos tan inicuos.

ESC. ¿Te parece natural?

ANT. Sí; porque todos los reyes de la tierra, no valen para un hombre lo que vale su padre y el rincón donde nació.

ESC. Mucho meneas la lengua.

ANT. Si os empeñáis, dejaré de mover la lengua para mover el brazo.

ESC. Por donde tú vas se camina al precipicio... ¡Ten cuidado!

ANT. Ninguno. Y ahora escucha. Por si alguien quiere ir á contar á don Leandro cosas de mi persona, yo le autorizo para que le diga que no tengo opiniones políticas, que soy un pobre trabajador, buen cristiano, honrado, pero que ni sé adular á los poderosos, ni sé formar parte de las cuadrillas que incendian casas y matan á viejos indefensos en nombre de la religión.

ESC. Eres un loco.

ANT. Y tú un cuerdo.

ESC. (Viendo aparecer á don Leandro.) Calla.

MAN. Don Leandro.

ESCENA II

DICHOS y DON LEANDRO, que sale de su palacio, seguido de dos hombres, conduciendo algunos fusiles

LEAN. Repartid esas armas. (Se las dan á Escudé, Antonio y Manuel; este último mira con desconfianza el arma que le entregan.)

MAN. ¿Está cargada?

LEAN. Ya lo creo. Ahora os proveerán de municiones.

MAN. Para mí no hacen falta.

LEAN. ¿Cómo que no hacen falta?... ¡Hay que prepararse para rechazar el ataque de esa canalla! (Se retiran los dos hombres.)

MAN. ¿Están ya cerca?

LEAN. Sí; pronto llegarán. Mi hermano Vicente se ha encargado de defender la otra entrada del pueblo.

ESC. ¿Y nosotros?

LEAN. Vosotros defenderéis á mi lado la causa de la religión y del rey absoluto... (A Antonio.) Tú, vé á la iglesia y que las campanas toquen á somatén.

ANT. Yo no voy. (Con resolución,)

LEAN. ¿Te revelas?... ¡Un soldado del rey!

ANT. ¡Don Leandro, yo no soy soldado!

LEAN. Tú cumplirás con tu deber.

ANT. Ya cumplí en mi tiempo; soy algo viejo y peleé contra los franceses cuando llegó el caso. Ahora no tengo enemigos.

LEAN. ¿Que no los tienes? Pues aquellos que allá abajo están con ánimos de asaltar el pueblo, ¿qué son?

ANT. Aquellos fueron mis amigos, mis camaradas. He vivido con ellos muchos años, ningún agravio recibí de su parte y no quiero desafiarlos.

LEAN. Abrevia razones. Este pueblo se ha alzado en favor del rey absoluto; contra él se aperciben los miserables enemigos de la fe y del trono, y todos los hombres honrados tienen la obligación de defender principios que son santos.

ANT. Verdad será, señor don Leandro. Pero esos enemigos que se esperan son personas con las cuales compartí penas y alegrías. Si hay diferencia de opiniones, conmigo no reza esa diferencia.

LEAN. Pues contigo rezará de grado ó por fuerza... Sujetad á ese hombre. (Escudé y Manuel tratan de hacerlo.)

ANT. ¡Alto! ¡Al que se acerque, lo mato! (Poniéndose á la defensa.)

MAN. (Esto se pone feo.) (Aparte.)

LEAN. ¡Vamos!... Eres un liberal vergonzante.

ANT. Ya he dicho que no soy nada. Pero una vez que se me obliga á pelear, pelearé; pero eligiendo el campo de mi gusto; no el que me den á la fuerza.

LEAN. ¡Miserable!

ESC. ¡Espía del herrero, tú las pagarás!

ANT. ¡Repito que no se acerque nadie!... ¿Me obligan á luchar?... ¡Pues voy á la guerra, pero con los míos!... No tenía odios, los tendré.. ¡Hasta la vista! (Vase por la izquierda.)

ESCENA III

DICHOS menos ANTONIO

ESC. Lo mejor sería matarle. (Hace ademán de disparar.)

LEAN. ¡Quieto! No des la voz de alarma antes de tiempo.

ESC. Pero, señor...

LEAN. Es un enemigo que se aleja; puente de plata.

ESC. Mejor fuera pasaporte de plomo.

LEAN. Vé á la iglesia y dí que echen las campanas á vuelo.

ESC. Voy. (Vase.)

LEAN. Y tú... (A Manuel.)

MAN. (Aquí entró Cristo á padecer.)

LEAN. Disponte á servir como soldado de la buena causa.

MAN. ¿De la buena causa?... (¿Y cuál será la buena?)

LEAN. ¿Murmuras?

MAN. ¿Yo?... No, señor. Seré leal; vaya si lo seré... Algo pacífico, eso sí... pero... En fin, ¿qué tengo que hacer?

LEAN. ¿Desde tu posada no se domina la cuesta?

MAN. Sí, señor.

LEAN. Pues bien, queda ahí de centinela. En el momento en que veas próximas las avanzadas de esa chusma, disparas tu carabina.

MAN. ¿Contra el enemigo?

LEAN. O al aire, como quieras.

MAN. (Dispararé al aire.)

LEAN. Pórtate bien y serás recompensado.

MAN. Si el señor no se incomodara, yo me atrevería á hacerle una pregunta.

LEAN. Dí.

MAN. ¿Cuántos hombres, sobre poco más ó menos, trae Gaspar?

LEAN. ¡Bah! Doscientos.

MAN. Y los realistas... digo, los leales, ¿cuántos son? Mejor dicho, ¿cuántos somos?

LEAN. Somos más; pasamos de trescientos.

MAN. (Nada, pues soy realista por ahora. ¡Lástima que además no pueda ser valiente!) ¿Tiene usted algo más que mandar?

LEAN. No, vete. (Vase Manuel al mesón.)

ESCENA IV

DICHO, CATALINA y PEPA, que salen del palacio

CAT. ¿Qué sucede? ¿Qué desgracia nos amenaza?

LEAN. Ninguna. Tranquilízate, hermana mía.

CAT. Entonces, ¿por qué nos has mandado llamar?

LEAN. Porque es preciso que tu nodriza Pepa y tú os refugieis en sitio seguro. Los enemigos de la sociedad honrada, esos bandoleros que acaudilla Simó, nos amenazan otra vez y habrá que darles una nueva lección.

PEPA ¿Más sangre aún? ¡Qué empeño el vuestro de arrancar á las madres los hijos para que satisfagan vuestros caprichos!

LEAN. ¿Qué entiendes de eso?

PEPA ¿De lo que vale el cariño y de lo terrible que es el odio? Pues entiendo mucho; más que vosotros, porque he vivido más tiempo. Sin ir más lejos, de todo lo que ahora sucede, sé de sobra la causa. ¿Por qué nuestros campos antes tranquilos andan ahora revueltos? ¿Por qué nuestro pueblo, antes pacífico, parece ahora un infierno? Pues porque vosotros, los hijos del señor de Torrellas, queréis volver á los antiguos tiempos en que era vuestro padre amo de todo, y de todos y os irrita ver cómo la gente baja va teniendo humos y soberbia.

LEAN. No sigas; estás loca, y además desconoces los asuntos de la política.

PEPA ¿Políticos? Buen nombre han tomado los enemigos del pueblo.

LEAN. ¡Calla!

CAT. ¿De mí también dirás que me irrita la merma del señorío?

PEPA ¡Claro que sí! Todavía recuerdo el día en que empezaste á odiar á ese Simó que ahora se las echa de caudillo y deja su oficio para guerrear.

CAT. ¿Odiar yo á un miserable como él?

PEPA ¡Ya lo creo! Pasó por delante de esta casa el día de la Virgen acompañado de otros mozos. Gaspar llevaba en la mano un ramo de flores; tú estabas en la galería, en aquella, (Señalándola.) y los mozos que rodeaban á Gaspar le dijeron: «Y ese ramo, ¿para quién será?» Entonces el herrero, echándote una mirada llena de fuego, exclamó: «Para la más hermosa del pueblo.» Y te arrojó el ramo, que tú le devolviste con desprecio, diciéndole secamente: «Tus flores no pueden subir tan alto.»

LEAN. Bien dicho. Así habla una Torrellas.

CAT. De su raza á la mía hay diferencia.

LEAN. ¡El hijo de Simó, el carretero, requebrando á mi hermana!

PEPA Pues por lo mismo os dije antes que esta guerra y los sobresaltos que diariamente sufrimos no tienen más que una causa: la soberbia de todos.

LEAN. Y aunque así fuera. ¿Es que vamos á consentir que la plebe se imponga, que las malas doctrinas cundan y que la revolución nos ahogue?

CAT. ¿Es que vamos á soportar la igualdad que hace desaparecer las distancias entre las gentes nobles y las plebeyas?

PEPA Yo no entiendo de eso, hijos míos. Pero lo que yo no quiero es que peligre vuestra vida, y lo que me apena es ver á los catalanes matándose unos á otros, como si fueran moros y cristianos.

LEAN. Eso no es cuenta tuya. Conque ahorremos palabras inútiles, y prepárate á seguir á la señorita.

CAT. Pero, ¿se teme algo?

LEAN. Ya te he dicho que los constitucionales intentan asaltar el pueblo.

PEPA Sí, he oido que Gaspar se acerca, y asegura que vengará la muerte de su padre.

LEAN. ¡Que se atreva á intentarlo! ¡Aquí le esperamos! (Se oye un gran repique de campanas.)

CAT. ¿Ese repique?...

LEAN. Llaman á somatén. ¿Quieren guerra? ¡Guerra tendrán! Los buenos hijos de España lucharemos contra los protervos.

CAT. ¡Ay! ¡A pesar de todo, siento cierto temor! Es que las mujeres somos débiles ante los riesgos.

PEPA Ante los riesgos injustos. Para los justos, siempre hay valor en el pecho de las mujeres. Cuando érais muchachos, cuando yo te llevaba en brazos, tocó el francés en nuestra tierra, y toda Cataluña, como toda España, se lanzó á las armas. Pero esta guerra es otra cosa. Aquella de entonces fué lucha de independencia; la de ahora es encuentro ruin de españoles contra españoles.

LEAN. ¡Basta! ¡Al fin asoma en tus palabras lo plebeyo de tu sangre!

PEPA ¿Sangre plebeya? Pues mira, en esos campos y en esas calles, lo mismo corre la sangre noble que la plebeya, y de seguro que nadie acertará á distinguir por el color la que salió de venas de rico de la vertida por miserables pordioseros.

LEAN. No es ocasión de perder el tiempo en charlas inútiles. Conque preparaos para ir al convento.

CAT. ¿Y será buen refugio? Los enemigos de Dios nada respetan.

LEAN. No temas.

PEPA Su temor es justo.

CAT. ¡No temo á esos miserables; los odio!

PEPA ¿Odiar tú? No lo creo. Tu rencor es pegadizo; no nace del corazón, sino de la costumbre.

CAT. ¿Qué dices?

PEPA La verdad. ¿Piensas que porque soy una pobre mujer no conozco lo que pasa en el mundo? Pues demasiado sé que hay llamas de odio que se apagan en un suspiro de amor.

LEAN. El amor á Dios es el único que os puede interesar ahora. Pepa, acompaña á tu señora.

CAT. ¿Qué será de vosotros?

LEAN. Pierde cuidado; nada nos resultará.

PEPA Vamos, hija mía.

CAT. Adiós, Leandro. (Le abraza.)

LEAN. Hasta la vista. (Vanse las dos por el palacio.)

ESCENA V

DON LEANDRO y luego el PADRE JACINTO

LEAN. (Asomándose por encima de la meseta.) Por esta parte á nadie se ve. Sin duda se han emboscado. Esos tunantes preparan algún golpe traidor digno de ellos. (Viendo aparecer al Padre Jacinto.) El padre Jacinto.

P. JAC. (Por la segunda derecha.) En su busca vengo.

LEAN. ¿Pues qué sucede?

P. JAC. Ha sido asaltada la iglesia por las gentes que usted acaudilla, y sin mi permiso han echado las campanas á vuelo.

LEAN. Tocan á somatén por orden mía.

P. JAC. Las campanas de la iglesia se pusieron para llamar á la oración, no á la guerra.

LEAN. Las campanas avisan á los buenos cristianos que se acercan sus enemigos.

P. JAC. Perdone usted mi atrevimiento, señor don Leandro, pero de todo lo que sucede tiene la culpa el que inició la discordia entre mis feligreses.

LEAN. Sepa el padre Jacinto que nosotros estamos bajo la obediencia de la junta de Urgel y que de esa junta forma parte un prelado... La rebelión es dañosa.

P. JAC. Yo no me revelo contra ese ilustre prelado; imploro. Mañana es la festividad de la Vir-

gen: no es buena manera de honrar á la Madre de Dios, permitir que sus hijos se acaudillen. De haber tenido fuerzas materiales hubiera resistido el tropel que penetró en el templo.

LEAN. Son los defensores de la religión.

P. JAC. ¡Pues llevaban caras de verdugos!

LEAN. ¡Señor cura!

P. JAC. Vuelvo á pedirle que me perdone si he dicho alguna palabra inconveniente; pero la verdad es que esos hombres se han burlado de mi autoridad.

LEAN. Esos hombres han cumplido lo que se les había encargado.

P. JAC. No discuto. Mi misión es de paz. Por lo mismo yo me encargo de ir al encuentro de Simó; yo le rogaré que desista de su ataque y evitaremos un día de luto á este pueblo.

LEAN. Yo no hago á esa canalla el honor de enviarle un parlamentario.

P. JAC. Pero...

LEAN. No insista usted, padre Jacinto. Nosotros no peleamos por capricho, sino por deber. Nuestro aislamiento no es aislado, sino general. El trapense recorre victorioso varias comarcas de Cataluña: en Valencia ha estallado también la ira popular y dentro de poco toda España se proclamará en favor del rey absoluto. No está en nuestras manos detener la corriente que ha de sanear á este pueblo corrompido por los liberales. Dios es quien nos manda morir por el rey y por la patria.

P. JAC. Dios, ni manda morir ni manda matar. Su poder es ese y á nadie es permitido usarle. Además, ¿no apena á ustedes el estado de nuestra comarca?... Allá, en la plaza, las mujeres acongojadas lloran y piden paz; los niños gritan al oir los sollozos de las madres; los hombres vociferan y sienten engrandecidos sus odios contra hermanos. No, señor don Leandro; esto no puede haberlo ordenado Dios; esto lo dispone para su regocijo el infierno.

LEAN. Sea quien fuere, ha llegado la ocasión en que se excusan los lamentos y se prodigan las obras. Padre Jacinto, la misión de usted se cumple ahora en el templo: en la calle sólo deben quedar los que estén dispuestos á la lucha.

P. JAC. Al templo voy á rogar por los pecadores. (Dios no ha querido que los Caínes desaparezcan del mundo.) (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

DON LEANDRO, después DON VICENTE por la derecha, seguido de algunos hombres con armas

LEAN. Este cura está algo liberalizado. Bueno es saberlo. (Viendo venir á su hermano.) ¡Ah! ¡Vicente!

VIC. ¡Leandro!... ¡Pronto; no hay un minuto que perder!

LEAN. ¿Qué ocurre?

VIC. La partida de Simó, que simulaba un ataque por este lado, se dispone á embestir con el grueso de sus gentes por el opuesto.

LEAN. ¿Han variado de propósito?

VIC. Sí; nuestros parciales reclaman tu presencia... Vé allí, ponte al frente de las fuerzas y á barrer á esa canalla.

LEAN. ¿Habéis atrincherado las calles?

VIC. Hemos colocado en ellas maderas, muebles, colchones, todo lo que encontramos á mano.

LEAN. ¡Voy!... ¡Ah! escucha.

VIC. Dí.

LEAN. He recibido órdenes de la regencia que nos manda resistir á todo trance, asegurando que el triunfo es nuestro y que el rey es el primero en desearlo.

VIC. Resistiremos.

LEAN. Pues hasta luego y que el Señor nos conceda la victoria. (Vase izquierda.)

VIC. Hasta luego... Vosotros os situaréis detrás de la ladera para impedir, en caso preciso, la entrada de la chusma. No hagáis uso de

los fusiles hasta que los enemigos se encuentren á boca de jarro... ¡Animo, muchachos! ¡Dios y el rey agradecerán vuestro esfuerzo! (Don Vicente ha dicho todo esto á los voluntarios que obedecen la orden.)

ESCENA VII

DON VICENTE, MANUEL, después CATALINA y PEPA

MAN. ¡Eh! ¡Alarma! ¡Alarma! (Por la posada.)

VIC. ¿Qué gritos son esos?

MAN. El hermano de vuestra merced me dejó de centinela en la ventana de mi posada, advirtiéndome que observara todos los movimientos del enemigo.

VIC. ¿Y qué observaste?

MAN. Pues que se ha ido.

VIC. Hace ya rato que los de la partida cambiaron de rumbo.

MAN. Perdone usted, señor; me dormí vigilando.

VIC. ¡Buen centinela!

MAN. Con estos sobresaltos tiene uno tan retrasado el sueño...

VIC. ¡Basta! Sitúate con los demás voluntarios en esa ladera.

MAN. Voy.

VIC. Impedid el paso á todo el que se acerque.

MAN. Bueno. (Menos mal; me toca el sitio por donde no vienen los contrarios.) (Vase por la izquierda. Salen del palacio Catalina y Pepa.)

VIC. ¡Mi hermana!

CAT. ¡Vicente!

VIC. ¿Dónde vais?

CAT. Al convento de Santa Clara, según dispuso Leandro.

VIC. ¡Ya es imposible!

PEPA ¿Por qué?

VIC. Porque la partida de Gaspar se encuentra muy próxima y trata de embestirnos por ese lado.

CAT. ¿Qué hacemos?

VIC. Quedaos aquí. El palacio es fuerte y está defendido por esos voluntarios.

CAT. Pero...

VIC. No temas... ¿Qué ruido es ese? (En este momento entra Pepet por la derecha, jadeante, como el que ha dado una larga carrera.) ¡Pepet!

ESCENA VIII

DICHOS. PEPET por la derecha

PEPET ¡Señorito!... ¡Señorito!... ¡No puedo más!... ¡Caramba, y cuánto he corrido!

VIC. ¿De dónde vienes?

PEPET ¡De las avanzadas! (Con énfasis.)

PEPA ¿En las avanzadas tú?... ¡Ah, pillo!

PEPET ¡Yo, sí, que soy tan hombre como otro cualquiera!

VIC. ¿Y á qué vienes?

PEPET Don Leandro me ha mandado que le diga que los otros, que los negros, están encima... ¡Anda, anda y qué jaleo se va á armar!... (Se oye un tiro lejano.) ¿No lo dije?

PEPA ¿Y tú qué hacías por allí?

PEPET ¡Toma, sirviendo al rey! ¡Y lo que me gustan á mí estas jaranas!

PEPA Pues á mí no... ¡Conque, pronto, á casa!

PEPET Yo me quedo aquí con el señorito.

CAT. Tú con nosotras.

PEPET Que lo diga don Vicente. ¿Es que no puedo yo servir como otro para defender mi bandera?

VIC. Claro que sirves, y si quieres, ponte en ese pelotón que guarda la cuesta.

PEPET Al instante.

PEPA ¡Quieto! ¿Dónde vas?... ¿Y tu madre, no es nadie? (Deteniéndole.)

CAT. Tiene razón. El muchacho es tan pequeño...

VIC. Tiene edad bastante para luchar.

PEPET ¿Que si tengo?... Precisamente con Gaspar

va Andrés, el hijo de Tamarit; ese *bocón*, con el que me tengo pegados más cachetes... Dos días antes de que Gaspar se echara al campo, me dijo: «Andrés, si el herrero se marcha, me voy con él á donde van los hombres; ¡á probar que tengo alma!...» Y se fué... Pues yo ahora quiero encontrarme cara á cara con él y probarle que tengo más sangre y más coraje que todos los liberales juntos.

VIC. ¡Bien, Pepet!... ¡Eres un valiente!

PEPA ¡No hagas caso, hijo mío!

CAT. ¡Vicente, por Dios!... No exaltes á esta criatura: es casi un niño.

PEPET ¿Niño yo?... Con un fusil en la mano, soy tan hombre como el primero.

VIC. Yo nada le digo. Ni le obligo á que luche, ni le niego su derecho á pelear.

PEPET Pues yo quiero ser soldado de la religión. ¡Viva el rey!

PEPA No digas eso... Tú no tienes que defender á rey ni á Roque, sino á tu madre. (Se oye una descarga lejana.)

CAT. ¿Qué eso?

PEPET ¡Ya se armó! ¡A las armas!

PEPA ¡Calla, hijo mío! (Otra descarga.)

VIC. ¡Arrecia el tiroteo!... ¡Adiós, hermana mía!... Encerraos en vuestra casa, y no tengáis miedo. Rechazaremos la acometida de esa canalla.

CAT. ¡Adiós, Vicente!

VIC. No abras á nadie, suceda lo que suceda; ¿oyes, Catalina?

CAT. Sí. ¡Vamos, Pepa!

PEPET (Yo también me escurro.) (Se separa cautelosamente de su madre y vase corriendo por la izquierda.) ¡Viva la religión!

PEPA ¡Mi hijo! ¡Llámale por Dios, Vicente!

VIC. ¡Enseguida! (Vase en la misma dirección que Pepet.)

CAT. ¡Pepa!... (Llamando desde la puerta del palacio.)

PEPA ¡Allá voy! (Acercándose á la meseta.) ¡Pepet! ¡Pepet! (Durante esta escena ha ido anocheciendo hasta quedar obscuro completamente, y los tiros no dejan

de oirse á cortos intervalos hasta el final del acto, que se oirán varios en el momento del asalto del palacio.)

CAT. ¿Pero no entras?... (Entra Catalina en el palacio y cierra la puerta.)

ESCENA IX

PEPA en la meseta y sin hacer caso de CATALINA. Después MANUEL por la izquierda, sin arma ninguna

PEPA ¿Pero dónde se ha metido ese tunante? ¡Pepet!... ¡No me oye, ó no quiere oirme!... ¡Me lo van á matar!... ¡Ay, Dios mío! (Sin dejar de mirar hacia el campo.) ¡Nada se ve!... ¡Ah, sí, entre los árboles avanzan algunos hombres... ¿Serán?... Me parece que es él... ¡Pepet!... ¡Hijo mío!

MAN. (Por la segunda, izquierda, y con muestras de gran sobresalto.) ¡No hay nadie!... En cuanto empezó la música de los tiros, empezaron á bailarme las piernas... Decididamente no soy realista; no me siento con fuerzas para defender al rey absoluto.

PEPA ¿Quién es? (Volviéndose de la meseta hacia donde está Manuel.)

MAN. ¡Jesucristo! (Asustado.)

PEPA ¡Ah, es Manuel!

MAN. ¡Sí, señora! (¡Valiente susto!)

PEPA ¿Viste á mi hijo? ¿Dónde está Pepet?

MAN. Ahí está.

PEPA ¿Dónde? (Con gran ansiedad.)

MAN. Ahí detrás... ¡En la avanzada de la cuesta!

PEPA ¡Jesús!

MAN. ¡Es un demonio!... Le cedí mi fusil; hoy no tengo ganas de pelear... Hay días en que no tiene uno humor de romperse la crisma... Por eso le entregué mi armamento.

PEPA ¿Y dices que está?...

MAN. Ahí... á veinte pasos.

PEPA Entonces, voy.

MAN. ¡Tenga usted cuidado! (Deteniéndola.) Los enemigos están muy cerca.

PEPA ¡Qué me importa! (En este momento se oyen disparos muy cercanos y gritos de «¡Traición! ¡Traición!» por la izquierda.)

MAN. ¿No lo decía?

PEPA ¡Pepet! (Gritando.)

MAN. ¿Dónde me escondo yo?... ¡Aquí! (Se mete en el mesón y cierra la puerta.)

PEPA ¡Pepet! ¡Pepet! (Se dirige corriendo hacia la izquierda. En este momento entran huyendo á la desbandada los voluntarios realistas.)

VOL. 1.º ¡Nos han sorprendido!

PEPA (Deteniendo á los Voluntarios 1.º y 2.º) Pero, ¿y Pepet?... ¿Dónde habéis dejado á mi hijo?... ¿Dónde está?

VOL. 2.º ¡A mi lado cayó! ¡Nos han atacado por la espalda!... ¡Suéltame!

PEPA ¡El!... ¡Muerto!... ¡Mientes! ¡No era mi Pepet!... ¡No huyáis, cobardes! (A los Voluntarios que huyen.)

VOL. 1.º ¡Está loca!

PEPA ¡Quietos!... ¡Vengad á mi hijo!

VOL. 2.º ¡Que están ahí! (Los Voluntarios se desprenden de las manos de Pepa y echan á correr en dirección de sus compañeros, y cierran el portón que da entrada al pueblo.)

PEPA ¡Huyen los cobardes y abandonan á mi pobre Pepet!... ¡Hijo mío!... ¡Hijo de mis entrañas!...

VOCES (Dentro.) ¡Viva la Constitución!

ESCENA X

PEPA, GASPAR SIMÓ y ANTONIO al frente de un grupo de VOLUNTARIOS LIBERALES, por la izquierda

VOL. ¡Alto! (Viendo á Pepa.)

PEPA ¡Asesinos!... ¡Atrás!

VOL. ¡Es una realista!

ANT. ¡Muera!

PEPA ¡Paso! (Atraviesa entre los Voluntarios, y se va izquierda.)

TODOS ¡Muera!

SIMÓ ¡Quietos!... Es la madre de Pepet, á quien he tenido que descerrajar un pistoletazo para salvarme de su furia. ¡Pobre madre!

ANT. ¡Adelante, Gaspar!

TODOS ¡Adelante! ¡Adelante!

SIMÓ ¡Claro está!... ¡Salimos de aquí como fugitivos, entremos como vencedores!

TODOS ¡Sí, sí!

SIMÓ A Gaspar Simó no le hacen falta estímulos en el combate. ¡Vive Dios, que los realistas se han de acordar de mi nombre y de mi venganza!

ANT. ¡Viva Gaspar Simó!

TODOS ¡Viva!

SIMÓ Es preciso atravesar ese parador para encerrar entre dos fuegos á nuestros enemigos. ¡Aunque mejor será, puesto que tenemos en frente el palacio de los Torrellas, entrar por sus puertas para coger á las fieras en su guarida!

TODOS ¡Sí, sí! ¡Adentro!

SIMÓ ¡Deteneos!... ¡Que llame uno de vosotros! (Llama uno de los Voluntarios. Pausa.) ¿Nadie responde? Los enemigos tienen el oído tardo... Llamaré yo. (Llama con fuerza.)

CAT. (Asomándose á la galería.) ¿Quién va?

TODOS ¡La Torrellas!... ¡Muera! ¡Muera!

SIMÓ ¡Silencio!... Catalina.

CAT. Yo soy doña Catalina de Torrellas. ¿Qué queréis?

SIMÓ Vamos á entrar en el pueblo. La puerta del parador está cerrada; pero por la del palacio podemos pasar. ¡Abre!

CAT. ¡El palacio de Torrellas no se abre nunca para los miserables como tú!

TODOS ¡Muera! ¡Muera!

SIMÓ ¡Pronto, haz lo que te mando!

CAT. ¿Para qué?... ¿No sabéis que mis hermanos están allá?

SIMÓ ¡Para eso! Para verlos de cerca queremos pasar. En nuestro campo los estuvimos es-

perando hasta el anochecer: no fueron y por lo mismo venimos nosotros á ver las caras que tienen los asesinos de los viejos.

TODOS ¡Bien, bien! ¡Adelante!

CAT. ¡Pues si podéis pasar, pasad!

SIMÓ ¡Abre la puerta, ó la mando derribar á culatazos!

CAT. ¡No!

SIMÓ ¿No?

CAT. No es oportuno abrir las casas cuando están en la calle los ladrones.

TODOS ¡Nos insulta! ¡Muera! ¡Muera! (Algunos se echan los fusiles á la cara, Gaspar se interpone.)

SIMÓ ¡Abajo las armas! Es una mujer y no sabe lo que se dice. (A Catalina.) No seas insensata: No agravies á estos hombres.

CAT. ¡Ah, valientes!... ¿Os juntásteis todos contra una mujer?

SIMÓ ¡Catalina!... Queremos pasar y pasaremos. Nosotros no luchamos contra las mujeres; sino contra esos realistas que hacen alardes de fortaleza, guarecidos detrás de las tapias. Si se nos cierra el paso, le forzaremos.

TODOS ¡Sí, sí! ¡Adentro!

CAT. Haced lo que gustéis. Si no hay otro remedio, que triunfe la canalla. (Se retira y cierra.)

SIMÓ ¡Compañeros, al asalto!

TODOS ¡Al asalto! ¡Al asalto!

SIMÓ ¡Quemad el palacio si es preciso! Pero, ¡ay, del que toque un sólo cabello de esa mujer!... ¡Es mía!... ¡Me pertenece por derecho de conquista y de venganza!

TODOS ¡Adentro! ¡Adentro! (Empiezan á golpear las puertas, que al fin ceden. Entra el trepel entre gritos de ¡Viva la Constitución! A los pocos momentos empieza á iluminarse el palacio con los resplandores del incendio, que se irán haciendo más intensos á medida que va terminando el acto. En este momento la escena á obscuras completamente.)

ESCENA ÚLTIMA

PEPA por la izquierda, con su hijo muerto en los brazos

PEPA ¡A mí!... ¡Socorro!... ¡Favor!... ¡No puedo! ¡No! ¡No puedo!... ¡Ah! ¡Muerto!... ¡Mi hijo!... ¿Y yo pedía paz?... ¡Nunca!... ¡Sangre!... ¡Infames, asesinos!... ¡Yo me vengaré!... ¡Malditos sean!... (Cae sobre el cadaver de Pepet, besándole repetidas veces en la boca.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Plaza del pueblo. En la primera, izquierda, la casa del cura; arrancando de la casa el atrio de la iglesia, con verjas y puertas practicables; dentro del atrio se ve la puerta de la iglesia. En la derecha, pueblo y algunas casas. Entre la casa del cura y el principio del atrio una cruz de piedra, que servirá para ocultar el cuerpo de Gaspar en la escena XI de este acto. Al levantarse el telón pasa por el fondo un grupo de hombres de la partida de Gaspar.

ESCENA PRIMERA

VOLUNTARIOS 1.° y 2.°, realistas, y ESCUDÉ, que llega al pasar el grupo de sus enemigos, á los cuales mira con cólera

VOL. 1.° ¡Eh! ¿Qué tal? ¡Contemplas á nuestros enemigos!

VOL. 2.° Están en nuestra propia casa.

ESC. Cada vez que veo á los negros codearse conmigo, siento agolparse á mi cabeza la sangre y me dan ganas de emprenderla á tiros con todos ellos.

VOL. 1.° ¡Dios te libre!

VOL. 2.° ¡Estamos en la tregua!

VOL. 1.° ¡Así lo dispusieron nuestros jefes!

ESC. ¡Mentira! Así lo dispusimos los voluntarios realistas. Estaba yo en las gradas de la iglesia cuando se acordó la tregua. Lloraban las mujeres y los chiquillos y el padre Jacinto pedía paz con acentos doloridos. Los nuestros se enternecieron y don Leandro

tuvo que ceder. Se pactó la tregua y nos confundimos blancos y negros.

VOL. 2.º ¿Y cuánto durará?

ESC. Este día únicamente. Hemos suspendido el combate para celebrar la fiesta de la Virgen... El señor cura dijo que luchar hoy sería un crimen. Por supuesto, que el padre Jacinto lo que busca es la inteligencia entre los dos bandos.

VOL. 1.º Y se sale con la suya.

ESC. ¡Eso, jamás! Entre los del herrero y nosotros no puede haber paz nunca, aunque lo mandara Dios. No se transige con los herejes.

VOL. 2.º ¡Guerra á los enemigos de la religion!

VOL. 1.º ¡Seamos cristianos de ley!

ESCENA II

DICHOS y DON LEANDRO, que sale por el lado derecho con los suyos, y SIMÓ con los suyos por la izquierda; los dos personajes se miran frente á frente y mantienen el diálogo sin avanzar en la escena

ESC. ¡Mirad, don Leandro viene!

VOL. 1.º Y por el otro lado el herrero.

LEAN. ¿Qué esperáis?... ¡Pasad! (A los constitucionales.)

SIMÓ Esperamos á que tú pases.

LEAN. ¡Me tratas sin ceremonias!

SIMÓ De igual á igual.

LEAN. Pues no lo somos.

SIMÓ Todavía quizás no; pero lo seremos.

LEAN. ¡Los aldeanos te hicieron su caudillo!

SIMÓ Tú te hiciste á tí mismo jefe... Hasta en eso te llevo ventaja. A mí me nombran; ¡tú te eriges!

LEAN. Mucho has subido, de herrero á capitán.

SIMÓ No es mucho subir. Antes forjaba el hierro y ahora le esgrimo. En cambio, tú descendiste demasiado. Ayer eras tirano y hoy eres vencido. Vas muy de prisa en la caída.

LEAN. Poder de la locura de esos infelices; (Seña-

lando á los de Simó.) de un *nadie* hacen un señor.

SIMÓ Sí; poder grande el suyo. De un señor hacen un *nadie*. (Durante este diálogo, los grupos se miran con ira, viéndose precisados los jefes á contenerlos para que no se acometan unos á otros.)

LEAN. ¿Insultas?

SIMÓ Replico... Ahora no puedo reñir. Quise deponer las armas durante el día, y ya lo ves, desarmado vengo.

LEAN. ¿Y qué buscas aquí?

SIMÓ Esta es la iglesia; busco á Dios.

LEAN. No te hará caso; los tuyos son sus enemigos.

SIMÓ Te equivocas. Dios me ha oído. Ayer le pedía á mis solas, allá en el campo, poder rezar hoy ante el altar de la Virgen, y he conseguido mi deseo. Desengáñate; en el templo sólo se aprecia á un partido: el de Cristo, y sólo se piensa en una patria: la del cielo.

LEAN. Basta de monsergas. (Avanzando.)

SIMÓ ¡Basta! ¡Adiós, Torrellas, hasta la noche!

LEAN. ¿Es desafío?

SIMÓ Es aviso.

LIBERAL ¡Viva Simó!

SIMÓ ¡Silencio, muchachos! ¡Los vencedores de la noche no necesitan hacer alarde de su triunfo durante el día! (Vanse por la izquierda los de Simó.)

ESC. ¡Qué descaro! (Vanse por la derecha los de don Leandro.)

ESCENA III

DON LEANDRO y á poco DON VICENTE, por la izquierda.

LEAN. ¡Qué día tan largo, y qué sufrimiento tan insoportable el de la rabia contenida! De mi corazón rebosa el odio, y sin embargo ¡estoy cansado de la lucha! Si el amor fatiga, ¿no ha de producir cansancio el aborrecer?... El despecho, la ira, el orgullo, ago-

bian mi espíritu de tal manera, que deseo encontrar el fin de esta contienda, aunque para conseguirlo tenga que derramar toda mi sangre, gota á gota. ¿Por qué Dios no extirpa de las almas los odios, ó por qué no concede á los hombres el poderío del ángel rebelde para satisfacer su sed de venganza?

VIC. ¡Leandro!

LEAN. ¡Hermano!

VIC. Acabo de encontrarme á Gaspar Simó. Ya se codea con nosotros; ya cruza los mismos parajes que nosotros cruzamos; ya puede añadir el cinismo á la afrenta. (Con ira.)

LEAN. Soy caballero; dí mi palabra y la cumplo.

VIC. Pues debes arrepentirte. Fuiste débil y la debilidad, ni aun vistiéndose de caballero, es agradable. La tregua quebrantó tu prestigio; porque en las luchas humanas, la condescendencia suele parecer cobardía.

LEAN. ¿Cobarde yo?... ¡Si otros labios que no fueran los tuyos hubiesen pronunciado esas palabras, mis manos los cerrarían para siempre!

VIC No dudo de tu valor; dudo de tu entereza. Hay hombres que son héroes en los combates y niños en las intrigas.

LEAN. ¿Qué iba yo á hacer? Esos mismos que ahora murmuran contra mí, me empujaron á la concesión de la tregua.

VIC. Torpeza tuya. Los hombres reunidos se inclinan siempre al sentimentalismo. La generosidad es tan grande, que no cabe en un sólo pecho.

LEAN. Además, con este día de espera nada perdemos.

VIC. Te engañas. Los malditos liberales aguardan refuerzos. El general Mina avanza con tropas regulares.

LEAN. ¿El general Mina?

VIC. Sí. ¡Entra en los caseríos donde se albergan los defensores del rey absoluto: concede á sus soldados licencia para el desenfreno: arrasa los hogares; incendia, mata y suele dejar, como recuerdo, un cartel donde cons-

tan sus venganzas!... ¡Destruye los pueblos y les pone epitafios!

LEAN. ¡Qué horror!

VIC. ¡Qué horror, sí! Pero en este caso, no bastan las lamentaciones: son precisas las represalias.

LEAN. ¿Represalias?

VIC. Nos sobran motivos para ellas. Hace dos años, cuando se proclamó la Constitución, nuestro padre fué destituído; el pueblo le siguió hasta su hogar insultándole, y á la cabeza de aquella muchedumbre iba Simó el carretero.

LEAN. ¡Ah! sí: bien lo recuerdo. Nuestro pobre viejo, aquél á quien amábamos con toda el alma, murió de pesar... ¡Por eso arrasé la casa de Simó; por lo mismo juré odio eterno á los liberales, por eso peleo con saña, con odio!

VIC. ¡Así quiero verte!

LEAN. ¡Siento de nuevo engrandecidos mis rencores!... y en cuanto espire la tregua...

VIC. ¿Y por qué no antes? (Con intención.)

LEAN. Hemos jurado como hombres de religión, no hostilizar al enemigo hasta el toque de oraciones y hay que cumplir el juramento.

VIC. Nosotros no faltamos á lo pactado; si el toque de *Angelus* se adelanta, la campana dará la señal y entonces la conciencia nos mandará cumplir con nuestro deber.

LEAN. Eso es una argucia. No, Vicente; no vayamos á perder en esta guerra civil hasta el honor y la caballerosidad.

VIC. Hay que caer sobre ellos de improviso.

LEAN. Eso, nunca. Podrán encontrarme los enemigos, cruel, pero no desleal.

VIC. ¡Basta! Sábelo de una vez... En esta funesta noche, hemos perdido algo más que la casa solariega, todavía humeante; algo más que amigos leales muertos en esos campos y encrucijadas... Hemos perdido nuestra fama, limpia siempre, ¿entiendes?... ¡Nos robaron á la vez el hogar y la honra!

LEAN. ¡No te comprendo! (Con gran ansiedad.)

VIC. Han saqueado nuestro palacio y han infamado el nombre de los Torrellas.

LEAN. ¿Cómo? (Con furia y empezando á comprender toda la verdad.)

VIC. Aguarda, caballero sin tacha, aguarda á conocer la verdad. Catalina estaba en el palacio al asaltarlo la chusma.

LEAN. ¿Qué dices?... ¡Ella!... (Sin atreverse á seguir.)

VIC. ¡Sí!

LEAN. ¿Y el miserable?... ¿Quién fué?

VIC. ¡Uno de ellos!... ¡Cualquiera!... ¡El más indigno!.. ¡Para vengarnos es preciso esterminarlos á todos!

LEAN. ¡A todos sin compasión! ¡Seré sanguinario! (Con voz terrible.)

ESCENA IV

DICHOS; CATALINA y PEPA por la derecha

VIC. ¡Hermana!

LEAN. ¡Catalina!

CAT. ¡Leandro! (Le abraza; Catalina esconde la cabeza en el pecho de su hermano. Pausa.)

LEAN. Todo lo sé.

VIC. Y no vacila.

CAT. ¡Venganza!

LEAN. ¡Sí; venganza!

VIC. Como la reclama nuestro honor.

PEPA Como la pide mi hijo asesinado.

LEAN. ¿Murió Pepet?

PEPA ¡Murió! ¡Guerra á esos malditos!

VIC. ¡Hace falta sangre!

CAT. ¡Mucha sangre!

LEAN. ¡Mucha!

PEPA ¡Hasta que en ella nos aneguemos!

CAT. ¡Al combate: te lo pide tu hermana!

PEPA ¡Al combate; te lo suplico yo!

LEAN. ¡Ah, sí; no valgan escrúpulos de conciencia! (Los personajes todos hablarán rápidamente, acentuando el tono enérgico, hasta el final de la escena.)

VIC. Entre los enemigos están los que asaltaron la casa de nuestros padres.

LEAN. ¡Miserables!

CAT. Entre ellos se cuenta el ladrón de mi honor.

PEPA ¡Con ellos vive el que quitó la existencia á mi Pepet!

LEAN. No necesito de estímulos. Prepararé mi gente... Se adelantará el toque de oraciones y después... ¡Ah! ¡Después, sin compasión á la matanza!

PEPA ¡Así, hijo de mi alma!

CAT. ¡Así, hermano!

LEAN. ¡Ah! Sí, no habrá piedad para nadie.

VIC. ¡Vamos, Leandro!

LEAN. ¡Vamos! (Vanse Leandro y Vicente por la izquierda.)

ESCENA V

CATALINA y PEPA

PEPA Sigámosles.

CAT. ¿Para qué?

PEPA Para estar á su lado; para saborear el placer de verles combatir á los que labraron nuestra desdicha.

CAT. Yo no me atrevo á tanto. Me causan horror estas luchas sangrientas.

PEPA No tienes en las venas sangre. No eres digna de los Torrellas. En tí la furia es tempestad pasajera que se disipa con lluvia de lágrimas. ¿Tan pronto te olvidaste de tu desventura?

CAT. ¡Ah! ¡No me olvidé, te lo juro! Mi afrenta extremece continuamente todo mi ser.

PEPA Pues entonces, ¿por qué tiemblas?

CAT. ¡Tiemblo de coraje! ¡Se parecen tanto la rabia y la cobardía!... Pero, Pepa, te lo repito; de mi memoria no se aparta el espectáculo tremendo de anoche, y para encender mis odios cuando se amortigüen, me basta con el recuerdo de aquel cuadro desolador que aún me extremece por su aspecto terrible. La chusma capitaneada por Gaspar, invade mi casa: oigo golpes; infernal griterío; exclamaciones de dolor y frases rencorosas.

Llena de miedo, huyo, seguida por un pelotón de miserables; recorro jadeante muchas estancias, siempre acosada por los infames que me persiguen en jauría. Caigo sin sentido, y al recobrar las fuerzas perdidas, me encuentro abandonada frente al palacio, coronada de llamas y sola; completamente sola..., ¡hasta sin la compañía de mi honor! (Llorando.)

PEPA ¡Triste cuadro! ¡Tan triste como el que yo presenciél... Me dijeron: «Tu hijo ha muerto» y corrí desolada: apenas se veía: tropecé con algunos cuerpos inanimados: no estaba allí el que yo buscaba. Los heridos me pedían socorro; no les hice caso, porque también las penas tienen egoismo. Buscaba con afán, como la fiera que olfatea el rastro de sus cachorros. Al fin encontré á mi Pepet, yerto, recostado sobre una piedra, con la cara tranquila y la boca entreabierta, sonriente, como si quisiera decirme: «Adiós madre; me voy á la gloria...» (Las últimas palabras debe decirlas la actriz con voz ahogada por los sollozos.)

CAT. ¡Dios mío, qué dolor tan grande!

PEPA Y es mayor mi pena, porque no puedo saber quién me privó del hijo de mis entrañas... En la guerra los asesinatos son anónimos.

CAT. Yo sí puedo saber quién atentó contra mí.

PEPA ¿Tú? (Acercándose á ella.)

CAT. Aquí, en el pecho, guardo un arma del que pudo burlarme. Al despertar de mi letargo, mis manos tropezaron con un cuchillo que sin duda llevaba el villano que me ultrajó.

PEPA ¿Y esperas?

CAT. Sí; yo sabré quién es el dueño de esta hoja de acero, y cuando le sepa, ten por cierto que sabré vengar mi afrenta.

PEPA ¡Te faltará decisión!

CAT. ¡Me acordaré de su delito!

PEPA Viene gente; ¡son ellos! (Mirando.)

CAT. Vamos.

PEPA No, aquí. ¡No te espanten los lobos!

ESCENA VI

DICHAS, GASPAR SIMÓ, ANTONIO y varios hombres de la partida de Simó por la derecha

SIMÓ ¡Catalina!

PEPA (Mirando al grupo.) (¿Cuál de esos me habrá dejado sin hijo?)

CAT. (¿Cuál de ellos será el ladrón de mi honra?) (Mirándolos.)

SIMÓ (¡Qué hermosa!... No puedo resistir su mirada.)

CAT. Seguid vuestro camino.

PEPA ¿Por qué os paráis? Seguid; ¿acaso tenéis miedo?

SIMÓ No es temor, es cortesía. (Avanzando.)

CAT. ¿Dónde aprendiste á ser cortés, en la fragua?

SIMÓ ¿Y dónde mejor?... En la fragua el hierro tosco y duro se convierte en dócil y blando como la cera; es cuestión de yunque y fuego.

CAT. Eres algo poeta.

SIMÓ Hasta el más zafio se siente inspirado al recibir la mirada de una mujer hermosa.

CAT. ¡Insolente!

SIMÓ No hay insolencia en dirigir un requiebro.

CAT. Una vez te permitiste conmigo galanterías y ya sabes cuál fué mi respuesta.

SIMÓ Entonces era yo un pobre aprendiz de herrero y ahora soy el amo.

CAT. Entonces, como ahora, la diferencia es igual.

SIMÓ No vengo á disputar con mujeres... Vamos, compañeros. (Hacen todos ademán de retirarse.)

CAT. Espera.

SIMÓ Cuanto gustes.

CAT. De seguro están presentes todos los que anoche asaltaron mi casa.

SIMÓ Presentes estamos los que anoche emprendimos el ataque del pueblo por el lado de tu palacio.

CAT. En aquel asalto de cobardes... (Rumor en el grupo.)

ANT. (Avanzando.) ¡Cuenta con lo que dices!

SIMÓ ¡Quieto! Es una mujer; ¡atrás vosotros!... (A Catalina.) Habla sin miedo.

CAT. En aquel asalto de cobardes, alguno de vosotros perdió un arma... Yo la guardo y quiero devolvérsela á su dueño. A ver á quién pertenece esa hoja. (Catalina tira el cuchillo: Gaspar retrocede: Antonio la coge y se la entrega á Simó.)

ANT. Es tu cuchillo, Gaspar.

CAT. ¿Suyo? (Con el acento propio de lo situación.)

PEPA (¿De él?... ¡Infame!)

CAT. ¿Es tuyo?

SIMÓ ¡Mío, sí; es mío! (Con recelo y hace ademán de guardarlo.)

CAT. No; aguarda... Entrégame esa hoja.

SIMÓ Tómala.

CAT. Trae. (La coge con vacilación.) Te la devolveré, pero no en este instante. Después, después.

SIMÓ Cuando quieras. Pero, ¿por qué me miras así? (Acercándose á ella.)

CAT. ¿Y tú me lo preguntas?

SIMÓ No me aborrezcas. ¡Te adoro!

CAT. Maldito seas... ¡Te odio! (Vanse Gaspar, Antonio y sus compañeros. Gaspar lentamente.)

ESCENA VII

CATALINA y PEPA

PEPA ¿Lo ves?... Te faltó valor.

CAT. ¡No!

PEPA Sí; venganzas prometidas no se cumplen.

CAT. ¡Ah! Me sobrará el brío. ¡Vamos, Pepa!

PEPA ¿Pero á dónde?

CAT. A seguir á ese hombre. ¡Necesito su vida!... ¡Vamos! (Vanse.)

ESCENA VIII

MANUEL, por la derecha

Yo aviso al Padre Jacinto. ¡Vaya si le aviso! Porque me parece que los enemigos empiezan á enseñarse las uñas. Puede que el señor cura consiga apaciguar los ánimos... ¡Pero Dios mío!... ¿Cuándo podremos vivir con tranquilidad?... ¡Yo no como, ni duermo, ni sosiego!... Cuando más descuidado estoy, ¡zás! un sobresalto. Esta mañana comí unas sopas y aquí las tengo, sentadas en la boca del estómago. Sentadas, y eso que yo estoy de pié todo el día. Nada, nada, yo aviso al padre... ¡Vaya si le aviso! (Llama á la puerta.) ¡Padre Jacinto!... ¡Padre Jacinto!

ESCENA IX

DICHO y EL PADRE JACINTO, primera izquierda

P. JAC. ¿Qué sucede, hijo mío?

MAN. Pues que como su merced no intervenga, dentro de poco volveremos á las andadas; ó mejor dicho, á las corridas.

P. JAC. ¿Sabes algo?

MAN. Algo huelo. Soy un lince para distinguir desde lejos las tracamandanas que se preparan.

P. JAC. ¿Pero la tregua?...

MAN. Pues de un momento á otro puede romperse; empezarán los linternazos, y la Vírgen Santísima nos ampare.

P. JAC. ¿No se calmaron los ánimos?

MAN. Entre la gente menuda, sí... Naturalmente. A nosotros no se nos da un comino de que mande Juan ó de que mande Pedro... Pero los señores de una parte y de otra los mangoneadores, empiezan á mirarse de reojo y milagrito será que no volvamos á tener función.

P. JAC. ¿Y tú eres?...

MAN. Manuel el posadero, para servir á Dios y á su merced.

P. JAC. Digo, ¿que cuál es tu partido?

MAN. Ninguno, señor cura, ninguno. Me traen y me llevan porque sí. De puro cobarde, me han convertido en matón; pero yo, solo deseo que haya mucha tranquilidad, y muchos huéspedes en mi posada. Por Dios, padre, su merced que tiene influencia en el lugar, procure calmar las pasiones.

P. JAC. ¿No eres valiente?

MAN. Aunque madrileño, detesto las jaranas... Pero aquí me han tomado por brabucón. ¿Brabucón yo?... Desde que soy posadero, esta es la vez primera que cambiando los términos, doy liebre por gato.

P. JAC. (Sonriéndose.) Bien, hijo mío. Saldré á ver si contengo la furia de esa gente.

MAN. Falta nos hace; por lo menos á mí.

P. JAC. ¡Qué criminal empeño el de esos alucinados!

MAN. Eso digo yo. ¡Qué empeño el suyo!

P. JAC. ¡Morir por las pasiones!

MAN. Es mucho mejor morir de viejo.

P. JAC. Vamos, hijo mío, vamos.

MAN. Dios ilumine á vuestra merced. (En este momento sale Catalina de la iglesia.) ¿Vé usted esta? Pues también es batalladora.

P. JAC. ¡Está sombría!

MAN. De orgullo.

P. JAC. O de pena. (Vanse por la derecha.)

ESCENA X

CATALINA por la iglesia, después GASPAR SIMÓ

CAT. Ya se acerca ese hombre... Aquí le espero... Entró en la iglesia, se puso de rodillas, ¿rezaría?... Yo me arrodillé también, pero no pude recobrar la calma que á la vez me roban el pesar y la ira. ¡Quise orar, y mis la-

bios no articularon santas oraciones! Los que meditan venganzas, ¿cómo han de recordar plegarias? (Gaspar sale de la iglesia.)

SIMÓ ¿Aquí tú otra vez?

CAT. Te esperaba.

SIMÓ ¡Qué dicha la mía!

CAT. No te alegres tan pronto... Te esperaba para llamarte infame.

SIMÓ ¿Por qué me insultas?

CAT. Porque lo mereces.

SIMÓ Puede que tengas razón... ¡Pero no! En esta embriaguez que me trastorna, en esta lucha de odios y de rencores, puedo aparecer culpable, muy culpable; ¡pero no lo soy del todo! Si vieras el fondo de mi alma, me perdonarías.

CAT. ¿Me perdonarías?... ¿Y quién eres para tutearme? ¿Tienen los verdugos por costumbre tutear á las víctimas?

SIMÓ ¡Catalina!

CAT. Sí; prescinde de fórmulas; tómame por una de esas compañeras tuyas, que al pasar por delante de la fragua donde trabajas, te saludan con regocijo fraternal.

SIMÓ ¡Ojalá hubieras sido como ellas; alguna vez lo soñé!... Si fuera de mi clase—pensaba—pobre, desvalida, yo me acercaría á ella para decirle: «Eres la mujer que adoro, por tu hermosura mi vida entera; por tus encantos, cuanto anheles; por la felicidad de ser tu esposo, todas las felicidades posibles en la tierra y hasta en el cielo... ¡Pero estabas tan arriba!... Por eso no pude pedirte y te he robado.

CAT. ¿Qué pasión te impulsa, monstruo?

SIMÓ ¡El amor!... ¡Te amo!

CAT. Te enamoraste de lo imposible.

SIMÓ No, de lo difícil.

CAT. ¡Eres soberbio!

SIMÓ Achaque humano. Todos codiciamos lo que se nos veda. La vida es el deseo constante de lo que nunca se logra.

CAT. Pero para tu loca aspiración, ¿qué motivos te dí?

SIMÓ El de ser hermosa. ¿Te parece pequeño? Verte y amarte es lo natural. Lo extraño sería no quererte después de contemplada. ¿Provocaciones tuyas?... Las de tu rostro, las de tus gestos, las de todo tu cuerpo. Muchas provocaciones que valen más que todas las palabras del mundo. (Con gran dulzura y mucha pasión al propio tiempo.)

CAT. ¿Y todo ese amor tuyo quedó reducido á una acción de facineroso?

SIMÓ ¡Ah, de mi cariño no dudes! Pensando en tí, procuré distinguirme entre los míos; pensando en tí, trabajé, estudié, fuí el obrero modelo premiado ante el pueblo. El día en que te dí aquel ramo de flores, te daba con él mi vida entera.

CAT. ¿Y yo para qué la quería?

SIMÓ Pues por eso; porque me despreciaste; porque heriste mi noble orgullo, siento mezclados en mi pecho el amor y el odio. Quisiera ser tu dueño y tu verdugo; estrecharte en mis brazos con halago amoroso, y hundir mis manos forzudas en tu cuello, blanco como los ampos de la nieve. A la vez te adoro y te aborrezco; á un mismo tiempo deseo entregarte mi vida y extinguir la tuya.

CAT. ¡Miserable! (Retrocediendo)

SIMÓ ¿Qué he dicho yo? ¿Que deseo tu muerte, que te aborrezco? ¡No lo creas, no lo creas! ¡Es el vértigo de la pasión que me arrebata, me trastorna, me enloquece! ¿Odiarte yo, vida mía? ¡No! ¡Nunca!

CAT. ¡Atrás!

SIMÓ ¡Perdón, perdón! ¡No supe lo que dije, Catalina; te lo juro así, de rodillas; (Se arrodilla.) besando tus plantas!... ¡Te adoro!... ¡Oh, sí, te adoro como un loco! (Pausa.)

CAT. ¡Ojalá me hubieras muerto! ¡A veces es piadoso el asesinato!

SIMÓ ¿Matarte? ¡Jamás! ¡Vive, vive! Ahora, como nunca, deseo que vivas.

CAT. ¿Para gozarte en mi deshonra?

SIMÓ ¡Ah! ¡La fatalidad me ha consentido crear ese lazo que nos une! ¡Vive, vive siempre

unida á mí, aunque sea contra tu voluntad y aunque sea por mi infamia!

CAT. No por mucho tiempo.

SIMÓ Por el que sea. ¿Acaso tus hermanos preparan mi muerte? ¡A ellos sí que los aborrezco de veras y por completo! ¡A ellos sí que los odio sin compasión! ¡Sí, que me busquen cara á cara; después del toque de oraciones lucharemos! Supieron derramar la sangre envejecida de mi padre... ¡Más trabajo ha de costarles verter mi sangre moza!

CAT. ¿De modo que después del *Angelus?*...

SIMÓ Reanudaremos nuestra lucha.

CAT. ¿Y no preparas tu gente?

SIMÓ Aun es temprano. (Suena el toque de oraciones.) ¿Ese toque?... (Empieza á oirse vocerío; después disparos lejanos y voces dentro.)

VOCES ¡Traición! ¡Nos han engañado!

CAT. ¡Es que empieza la lucha! ¿Te amedrentas? ¡Es que llega el momento de matar! (Por el escenario pasa un grupo de voluntarios liberales gritando: «¡Traición! ¡Traición!»

ESCENA XI

DICHOS y PEPA por la iglesia

SIMÓ ¡Los infames nos han vendido!

CAT. Es que os imitan.

PEPA ¡Mueran los negros! ¡La sorpresa ha sido soberbia! ¡Ni uno de los tuyos quedará con vida, asesino de mi hijo!

SIMÓ ¡Malditos!

CAT. ¿Dónde vas?

SIMÓ ¡A mi puesto de honor!

CAT. Espera.

PEPA ¡Valor, Catalina!

SIMÓ ¿Y qué quieres tú?

PEPA ¡Tu vida!

CAT. ¡Eso, tu vida! ¡Salteador de moradas ajenas, te entrego tu cuchillo! (Le hiere.)

SIMÓ ¡Dios mío!
PEPA ¡Así!
CAT. ¡Cumplí mi promesa!
SIMÓ ¡Catalina, me has muerto! (Cae.)
CAT. ¡Cielo santo!
PEPA ¡Cumpliste con tu deber! ¡Ven conmigo! (Cogiéndola.)
CAT. ¡Sangre en mis manos!
PEPA ¡Para lavar tu honra! Vamos.
SIMÓ ¡Socorro! ¡Me ahogo!
CAT. Agoniza... ¿Qué he hecho yo? Gaspar... Gaspar...
PEPA ¡Ven, ven! ¿Qué intentas?
CAT. Socorrer á ese hombre.
PEPA ¡Nunca! ¡Que muera como un perro! ¡Solo, solo como mi Pepet!
CAT. ¡Déjame, furia!
SIMÓ ¡Socorro! ¡Socorro!
CAT. ¡Se desangra!
PEPA Así se lava tu honor. Ven. (Aumenta el vocerío.) Alejémonos de aquí.
SIMÓ ¡Catalina! ¡Catalina!
CAT. Voy.
PEPA Conmigo. ¡Por la fuerza! (Pepa arrastra á Catalina y desaparecen ambas por el lado derecho. En este momento empieza á anochecer.)

ESCENA ÚLTIMA

GASPAR, después CATALINA, luego el PADRE JACINTO y VOLUNTARIOS realistas

SIMÓ (Tratando de incorporarse.) ¡Mi vista se nubla!... ¡Ella!... Ella... me hirió... ¡La vida se escapa de mi pecho!... ¡Ay! (Se desmaya.)
CAT. (Por la derecha.) Yo no puedo alejarme de este sitio... He matado á un hombre... ¡La conciencia me acusa!... ¡Allí está el cadáver de Gaspar!... Parece como que la carne, vencida por la muerte, recobra bríos para denunciar mi delito. Creí que le odiaba... Me injurió...

vengué mi afrenta... La vengué, sí; pero mi odio se ha extinguido de repente... Si mis oraciones pudieran resucitarle, yo pediría al Todopoderoso que borrase mi obra. ¡Gaspar!... ¡Gaspar!... (Se va acercando lentamente al cuerpo de Gaspar.) ¡Dios mío, tu esfuerzo imploro!... ¡Está muerto!... ¡Rígido, inmóvil!... ¡Me parece más amenazador y terrible que cuando vivo!

SIMÓ ¡Ay!

CAT. ¡Ese quejido!

SIMÓ ¡Socorro! ¡Socorro!... (Con voz muy débil.)

CAT. ¡Vive!... ¡Virgen santa, vive! Dios mío, oye mi plegaria... ¡La vida de este hombre!

SIMÓ ¡Socorro!... ¡Me muero!

CAT. ¡Tengo miedo!... ¡Pepa!... ¡Pepa!... Pero no; me arrancaría de este lugar. ¡Ella pide sangre!

SIMÓ ¡Auxilio!

CAT. ¡Cómo sufre!... ¿Y yo he hecho eso?... ¡Ah, no dudo: corro á socorrerle!... ¡Cuánta sangre! (Retrocediendo horrorizada.) Mis manos la han derramado... mis manos la contendrán. ¡Gaspar!... ¡Gaspar! (Se arrodilla junto á su cuerpo.)

SIMÓ ¡Gracias, gracias!... ¿Quién es?... ¿Cómo?... ¡Tú!... ¡Catalina!... ¡Qué felicidad, Dios mío!

CAT. ¡Alienta!... ¡Alienta! (Un grupo de voluntarios realistas, capitaneados por Escudé, pasa por el foro. Catalina, con su cuerpo, ocultará el de Gaspar hasta que el diálogo lo indique.)

SIMÓ ¡Catalina! ¡Catalina!

CAT. Calla.

VOLS. ¡Mueran los negros! ¡Mueran!

SIMÓ ¡Ellos!

CAT. ¡Silencio!

ESC. ¿Quién está allí? (Acercándose un poco.)

CAT. Soy yo.

ESC. ¡Señorita!... ¿Arrodillada?

CAT. Sí; rezando por los que luchan. Vete...

VOL. 2.º ¿Pero en este lugar?...

CAT. ¡Nada me ocurre!... ¡Dejadme, dejadme!... Id en ayuda de mis hermanos... ¡Salid!... ¡Adiós!

TODOS ¡Adiós! ¡Viva la religión! ¡Mueran los negros!... ¡Mueran! (Vánse.)

SIMÓ ¡Me has salvado!

CAT. Aún no. Pero te salvaré. Calla.

SIMÓ Tuyo siempre.

CAT. Tuya ahora... ¡Silencio!... ¡Ah! ¡El padre Jacinto! (Apareciendo el padre.)

P. JAC. ¡Hija mía!... ¡Eh!... ¿Qué es eso? ¡Un hombre!... ¡Gaspar! ¿Herido?

CAT. Quiero salvar su vida.

P. JAC. ¡Le salvaremos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala en una casa de recreo de los Torrellas.—En el foro, un balcón que se supone da al campo.—En primera, izquierda, una puerta disimulada y practicable; otra en la segunda.—En segunda, derecha, puerta de entrada á la habitación.—Dos panoplias al lado del balcón: sillería y cortinajes.

ESCENA PRIMERA

MANUEL y VOLUNTARIO 1.º asomados al balcón del foro. Después RAMONET, por la segunda derecha

VOL. 1.º Nada se oye.

MAN. Tranquilízate. Ya te he dicho que por esta vez hemos triunfado de veras.

VOL. 1.º ¡Hemos, hemos!... ¿Pero, tú que es lo que has hecho para apropiarte nuestras victorias?

MAN. ¿Es que vas á negarme que soy realista á macha martillo y enemigo de los liberales como del demonio?

VOL. 1.º ¿Pero, ayer, no me decías que eras de todos y de ninguno?

MAN. Eso decía para engañar á los negros; pero soy de los vuestros. ¿Lo dudas?

VOL. 1.º No lo sé. Unicamente puedo decirte que te veo danzando de un lado para otro, sin que sean mucho de fiar tus palabras.

MAN. Ven acá, bobalicón, y aprende á no ser desconfiado. ¿Por qué crees tú que don Leandro me tiene en grandísima estima?

VOL. 1.º No lo sé.

MAN. Pues porque le he prestado el mayor servicio del mundo.

VOL. 1.º ¿Tú?

MAN. Yo, yo mismo. Pero bajaré la voz por si acaso.

VOL. 1.º ¡A ver, á ver! cuenta. ¿Qué ha sido ello?

MAN. Yo he matado á Gaspar Simó.

VOL. 1.º ¡Que tú has matado!... ¿Tú?...

MAN. Es decir, tanto como matarle, no... pero... En fin, he visto el cadáver de Gaspar: algo es algo.

VOL. 1.º Luego es indudable que murió.

MAN. Indudable. Pues por eso cundió el pánico entre los partidarios del herrero. Buena paliza les dimos, ¿eh?

VOL. 1.º Con tal que sea la última...

MAN. No ha de ser. Nuestro triunfo es seguro. Lo que es ahora el absolutismo vence de fijo.

VOL. 1.º ¿Oyes? (Escuchando.)

MAN. Ruido de pasos. Es Ramonet. (Mirando desde el balcón.)

VOL. 1.º ¿Qué ocurrirá?

MAN. Ahora lo sabremos. (Ramonet entra muy agitado y con señales visibles de gran sobresalto.)

RAM. ¡Estamos perdidos!

MAN. ¡Eh! ¿Cómo?... ¿Qué dices?

RAM. Vengo del pueblo donde el general Mina se disponía á entrar con sus tropas. Los nuestros huyen á la desbandada.

MAN. ¡Dios nos asista!

VOL. 1.º ¿Y á dónde vamos?

MAN. ¡Eso digo yo!

RAM. A cualquier parte. Lo principal es poner tierra por medio.

MAN. Tienes razón. Quedarse aquí, sería caer en la ratonera. Esta casa construída al fin del camino, no tiene salida ninguna. Es preciso volver hasta encontrar la vereda que conduce al valle.

RAM. Avisa á la señorita; pronto, no hay tiempo que perder.

MAN. ¿Avisarla? ¿Para qué?... Sería una impedimenta en nuestra fuga.

VOL. 1.º (Protestando.) Don Leandro nos dejó encargados de su custodia y no debemos abandonarla.

MAN. Las mujeres no corren riesgo alguno, y además, primero somos nosotros. Sálvese el que pueda.

RAM. Vamos.

MAN. ¿Y si tropezamos con los soldados?

RAM. Más peligroso es esperarlos aquí.

VOL. 1.º En marcha.

MAN. Por supuesto, que yo absolutista no lo soy: siempre fuí aficionado á los constitucionales.

VOL. 1.º ¿Qué murmuras?

MAN. Nada: ve delante... (por si acaso.)

RAM. Andando.

MAN. Voy. (Procuraré congraciarme con los vencedores.) (Vanse.)

ESCENA II

CATALINA por la segunda izquierda y después EL PADRE JACINTO por la primera izquierda, que es la secreta

CAT. Por fin se fueron esos hombres. Creí que no se marchaban nunca... Lo urgente es que el Padre Jacinto salga sin que le vean. (Golpea con los nudillos en la puerta secreta.) ¡Padre, Padre Jacinto!

P. JAC. ¡Catalina! (Saliendo.)

CAT. ¿Cómo está?

P. JAC. Mejor. La herida no es importante. Se encuentra débil porque ha perdido mucha sangre.

CAT. ¿Sabe el lugar en que se halla?

P. JAC. Le he dicho toda la verdad.

CAT. ¿Y se irá pronto?

P. JAC. Promete marcharse en seguida. Le he informado del medio que tiene para alejarse un buen trecho de estos lugares, siguiendo la galería que conduce hasta la orilla del río.

CAT. ¡Oh! ¡Cuánto anhelo que se vaya!

P. JAC. Lo comprendo. ¡Usted ha salvado su vida con peligro de la propia amparando en su misma casa al mayor enemigo de sus hermanos!... Deber de cristiana...

CAT. O pecado de mujer.

P. JAC. ¿Pecado?

CAT. Sí, pecado. A usted, que es ministro del Señor, no debo ocultarle nada. Noto que á Gaspar me ligan afectos indignos de mí; deseos que me llevan á ocultarle en el hogar de mi familia y á facilitarle la huida, burlando la vigilancia de mis propios parientes á quienes ha robado la honra.

P. JAC. ¿Ama usted á Gaspar?

CAT. No lo sé. Le amo y le odio á la vez con mezcla de ternura y arrebatos de ira. Ese hombre, al asaltar mi casa y al poner su mano brutal sobre mi cuerpo, parece haberme contagiado sus pasiones.

P. JAC. ¡Vamos, hija mía, calma!

CAT. Me ultrajó cobardemente, y desde entonces no le olvido ni un solo instante. Es mi enemigo; el enemigo de toda mi familia, y sin embargo le salvo. Es mi verdugo, y siento por él un afecto rebelde que, á pesar mío, surge en mi alma.

P. JAC. Debilidades de espíritu que se calmarán con la oración.

CAT. Sí, ya lo sé. Conozco mis deberes, y los cumpliré hasta el fin. Cuando estos aciagos días de lucha pasen, pediré á mi hermano que me envíe á concluir mi vida en un convento.

P. JAC. Entre tanto procure usted, hija mía, no volver á pensar en ese hombre.

CAT. Sí, sí; procuraré olvidarle... Entre los dos no puede existir ningún vínculo que nos una... Hay entre ambos muchas lágrimas y mucha sangre... ¿Amar yo á Gaspar? Imposible.

P. JAC. Adiós, Catalina. Cumpliendo mis deberes de cristiano, salvé á ese desgraciado; cumpliendo mis deberes de sacerdote, ruego á usted que le perdone.

CAT. Ya le había perdonado antes de ahora, padre mío.

P. JAC. Quizás no sea tan culpable como parece. Estas luchas bárbaras y fratricidas, que en sangrientan nuestro suelo, engendran malas pasiones aun en los caracteres más nobles... Adiós, hija mía.

CAT. Adiós, no; hasta la vista, porque necesitaré de sus consejos.

P. JAC. Pida usted consejos á Dios y no escuche los alaridos de los rencores.

CAT. Así lo haré, padre mío. (Le besa la mano al padre Jacinto, el cual vase por la derecha.)

ESCENA III

CATALINA sola

Sí, que se aleje pronto; no quiero verle más. Que se aleje, porque, á pesar de lo que he dicho al padre Jacinto, creo que le odio como le odian mis hermanos. (Transición.) ¡Ah, no; como ellos, no! Ellos le matarían sin piedad, y yo quiero librarle de la muerte. Nunca, hasta que levanté sobre él mi brazo para herirle, tuve afecto hacia Gaspar... El sí me ama; me amaba antes de ahora; me ha amado siempre... Pero yo, yo no puedo amarle... ¿A él, á un miserable que quiere asesinar á los míos, que incendia mi hogar y capitanea á los saqueadores de mi casa?... ¡Nunca, nunca!... Que se aleje, que huya para siempre... que no me sonroje con su presencia... que no vea mis vacilaciones y mis torturas!... ¡Oh, no; eso no; me moriría de vergüenza!... ¡Dios mío, Dios mío! (Cae sobre un sillón sollozando.)

ESCENA IV

CATALINA y GASPAR SIMÓ, que aparece en el dintel de la puerta secreta.

SIMÓ ¡Ella!

CAT. ¡Gaspar! (Incorporándose rápidamente.)

SIMÓ Sí, yo soy. ¿Creías que iba á marcharme sin verte?... Eso no. Si me alegro de vivir aún, es porque te veo; porque tengo la dicha de oir tu voz; porque sé que te interesas por mí.

CAT. ¿Interesarme?

SIMÓ Sí; no lo niegues. ¿Crees que no adivino lo que piensas? Te interesas por este desdichado á quien despreciaste en otro tiempo; te afanas por librarme de riesgos inminentes, y aunque tus palabras siguen aparentando desdén é indiferencia, tus obras revelan afecto... ¿Qué mayor dicha para mí?

CAT. Te equivocas. Entre tú y yo no puede haber nada que no sea odio implacable, eterno.

SIMÓ Entonces, ¿por qué me socorriste al verme caer herido? ¿Por qué encuentro en tu casa asilo contra los facciosos y remedio para mis males? No, no me odias; no puedes odiarme... ¡La hija de los Torrellas exponiéndose á pasar por encubridora del guerrillero Simó!... ¡Ah, no cabe duda! El odio no acaricia nunca; ¡devora siempre!

CAT. Piensa lo que quieras y como quieras, pero huye.

SIMÓ Oyeme, Catalina, y ten piedad de este infeliz que te adora con toda su alma. Esta herida me ha producido calentura y la calentura delirio. En el delirio te he visto junto á mí, dulce, apasionada, amorosa, conteniendo con tu mano la sangre que salía á borbotones de mi pecho, y entonces me consideraba el más feliz de los mortales. ¿Por qué no he sucumbido en este ensueño delicioso?

CAT. No convertirás tu locura en realidad.

SIMÓ Ven, sígueme. (Trata de cogerla una mano.)

CAT. No te acerques á mí.

SIMÓ Catalina, Catalina, me agobian los remordimientos y me enloquece la pasión más arrebatadora. Por eso caigo á tus piés anonadado por el pesar, por la vergüenza, por el remordimiento. Por eso vierto hoy las primeras lágrimas que he derramado en mi vida. Sí; no me avergüenzo de llorar como un niño... ¡Perdón, Catalina, perdón para este infeliz!

CAT. Si lloras de arrepentimiento, es porque tienes algo de qué arrepentirte, ¿verdad?

SIMÓ Sí.

CAT. Pues ya que te declaras deudor, págame esa deuda.

SIMÓ ¡Como quieras!

CAT. Guarda tu arrepentimiento para la eternidad y tu deuda págala alejándote de mi lado.

SIMÓ ¿Alejarme sin saber qué castigo me impones?

CAT. El de que te vayas. Hay delitos que se aumentan con la presencia del delincuente.

SIMÓ ¿Abandonarte sin reparar mi falta?... ¡jamás!

CAT. Hay faltas que no se borran en esta vida.

SIMÓ ¿Y crees tú que únicamente los remordimientos me arrastran á tus piés?... No; es mi corazón entero lo que te ofrezco.

CAT. ¡Vete, vete! Concluyamos de una vez. Yo no puedo vivir en el mundo, quiero ser de Dios.

SIMÓ ¡No puede ser! ¡Antes que de Dios, fuiste mía! (Con gran pasión.)

CAT. ¡Blasfemo!

SIMÓ Nos junta un lazo, maldito tal vez, pero que sólo puede romperse con la muerte.

CAT. ¡Oh!

SIMÓ Sí; eres mía para siempre.

CAT. Te atreves á recordar...

SIMÓ Te reclamo, te quiero y te tomo.

CAT. ¡Atrás!

SIMÓ No.

CAT. ¡Te odio!... ¡Te desprecio!

SIMÓ ¡Y yo, te adoro!

CAT. ¿Por qué le he salvado de la muerte?

SIMÓ Ni aun así podrías romper el vínculo que nos une. Vivo, soy tuyo: muerto, eres tú la viuda de Gaspar Simó.

CAT. Calla, calla y vete pronto, muy pronto y muy lejos.

SIMÓ ¿Huir, dejarte aquí?... ¡Jamás! El odio me lanzó al campo, más que para defender ideas políticas, para vengar desprecios. El amor me detiene hoy, y contra todos y contra todo, aquí estaré suceda lo que quiera y cueste lo que cueste.

CAT. Oigo pasos: ¡huye! (Escuchando con ansiedad.)

SIMÓ No saldré.

CAT. ¡Se acercan!

SIMÓ Aquí los espero.

CAT. ¿Así pagas mi compasión?

SIMÓ Así pagaré mi culpa.

CAT. ¡Al sorprenderte conmigo haces pública mi deshonra!

SIMÓ ¡Ah, no; eso no! Me oculto... pero allí te espero... saldremos juntos, porque yo sólo no me alejo de esta casa... O muerto ó en tu compañía. Hasta luego. (Vase.)

CAT. Ya era tiempo. (Próxima á desfallecer.)

ESCENA V

CATALINA y PEPA

PEPA ¡Catalina! (Desde fuera.)

CAT. Aquí estoy. (Pepa entra y repara en la agitación de Catalina.)

PEPA ¿Qué te sucede? Te encuentras agitada; temblorosa.

CAT. El temor natural... ¿Y mis hermanos?

PEPA Leandro viene acosado por la soldadesca; pero Vicente ¿no está aquí?

CAT. No; aquí no. (Sobresaltada.)

PEPA Acaso... (Dirigiéndose á la puerta secreta.)

CAT. No le busques. (Interponiéndose.) No está, te lo aseguro.

PEPA (Ese recelo...)

CAT. Y dices que Leandro...

PEPA ¡Derrotado fugitivo, se acerca á esta casa! ¡Nos han vendido! Triunfan los malditos por Dios, y nuestras gentes se dispersan y escapan. Nadie se atreve á resistir el fiero empuje de los batallones de Mina y todos, al ver la muerte cerca, vuelven la espalda al enemigo con las caras macilentas, pálidas... ¡Caras de mujeres nerviosas, no de soldados!... Tus hermanos intentan resistir; pero el remolino de los que huyen los arrolla. ¡El miedo se impone! Vicente se pierde en aquella corriente de hombres que se desbandan y Leandro tiene que batirse en retirada dejando en la refriega lo más florido de su gente...

CAT. ¡Así acaban nuestros males!

PEPA ¡No, así principia nuestra vergüenza!

CAT. ¿Y Leandro, vendrá?

PEPA No tiene más refugio que esta casa.

CAT. ¿Aquí?... ¡Es imposible!

PEPA ¿Cómo imposible?... ¿Qué dices, mujer?... ¿Qué te sucede?... ¡Habla!

CAT. Nada me sucede. Pero en esta casa Leandro...

PEPA En esta casa, sí, y en ese cuarto.

CAT. No, aquí no. ¡Atrás! (Con gran ansiedad.)

PEPA ¿Atrás?... ¿Por qué?... Apenas te ví, no sé qué extraños presentimientos me llenaron el alma. Las traiciones, como los deseos, suelen asomarse á los ojos para delatar á los que las ocultan.

CAT. ¿Dudas de mí?

PEPA ¡Los odios viven de desconfianzas, y yo odio tanto, que me olvido de los que quiero, pensando en los que aborrezco!

CAT. Soy leal.

PEPA La lealtad anda en los labios cuando no se encuentra dentro del corazón. Podrás ser buena, pero ahora me pareces sospechosa.

CAT. ¿Sospechosa?

PEPA ¿Por qué temes que vengan á tu casa tus hermanos? ¿Por qué defiendes esa puerta?...

¿Por qué miras hacia allí con recelo?... ¿Por qué te extremeces? ¿Por qué no contestas de prisa?

CAT. ¡Pepa, por Dios!

PEPA ¿Por Dios?... ¡Palabra compasiva! ¡Tú eres culpable! El acusado que ruega, confiesa su delito.

CAT. Habla bajo... ¿Si te oyeran?...

PEPA ¡Ah! ¡Mis dudas se convierten en pruebas: en la iglesia querías socorrer á Simó!... ¿Acaso le socorriste?... ¿Responde?

CAT. Sí. (Con voz ahogada y bajando los ojos.)

PEPA ¿Y le has ocultado en tu casa? ¿Allí, detrás de aquella puerta, guardas al miserable?... Dilo; no vaciles. ¡Ten el valor de tu infamia!

CAT. ¡Pepa, si: perdón! (Suplicante.)

PEPA ¿Perdón á mí? ¡Solicítalo de tus hermanos, amenazados de muerte por tu protegido!... Anda: diles que mientras ellos se baten, amparas á su adversario; diles que olvidaste el orgullo de tu raza; diles que Simó ya no necesita asaltar la casa de tus padres para encontrarse en los brazos de Catalina Torrellas. (Con furia.)

CAT. ¡Eso, nunca!

PEPA Sí. ¡Es amor el que te convierte en traidora! Te llamé desleal y eres más todavía... ¡Eres liviana! (Con acento amenazador.)

CAT. ¡Basta!... He prestado asilo á Gaspar, no por sobra de cariño, sino por falta de odio. Las mujeres no entendemos estas diferencias creadas por las ideas de los hombres.

PEPA No sigas; no pretendas achacar nuestros rencores á la política. Yo no soy ni liberal ni absolutista: yo no entiendo de eso... Yo pertenezco al partido de las madres sin hijos que piden venganza para sus penas infinitas. ¡Por eso odio: por eso no me sacio nunca de sangre!... ¡Vertida la de mi Pepet, quisiera que corriese la de todos sus verdugos!

CAT. A mí me asusta el estrago.

PEPA Porque amas á Gaspar... ¡Si le amas! Y en tanto que tus hermanos desafían la muerte,

tú preparas tus bodas... ¡Catalina, Catalina; Dios podrá perdonarte... yo no te perdono!

CAT. ¡Nunca seré de ese hombre! No podré amarle; no le amaré jamás.

PEPA Pues entonces no le ocultes.

CAT. ¿Y qué he de hacer?

PEPA ¡Entregarlo á nuestra gente!

CAT. Yo no le vendo.

PEPA ¡Ya le das por tuyo!... ¡Tú sí que te has vendido!

CAT. ¡Por piedad!... ¡Ayúdame!

PEPA Contra *ese* lo que quieras. (Dirigiéndose hacia la puerta.)

CAT. ¿Para salvarle?

PEPA ¿Su salvación?... Hasta la eterna le negaría.

CAT. ¡Por la memoria de tu hijo!

PEPA ¡Pues por esa memoria le odio! No escarbes en la herida, que bastante abierta está.

CAT. Pues entonces reclamo tu silencio.

PEPA ¿Callar?... Tampoco; ni cómplice ni encubridora.

CAT. ¡Por compasión!

PEPA ¡Lloras en vano! ¡Yo misma le delataré!

CAT. ¡Ah!.. ¿Pues corro? (Interponiéndose.)

PEPA (Se adelanta y gana la puerta secreta.) Ahora soy yo la que te estorba el paso. ¡Atrás!

CAT. ¿Qué intentas?

PEPA Ya lo sabes. Esperar á que tu hermano venga y le encuentre; esperar á que cuando le encuentre, le mate; esperar á que cuando le mate, se calmen mis ansias dolorosas.

CAT. ¡Mujer, estoy en mi casa! ¡Obedece!

PEPA ¿Obedecerte? ¡No! (En este momento aparece en la puerta derecha, don Leandro.) ¡A ese, sí!

ESCENA VI

DICHAS y DON LEANDRO

CAT. ¡Leandro!

LEAN. ¡Vengo rendido!

PEPA Pues no pienses en descansar.

LEAN. ¡Ah, sí! ¡Los infames me siguen!

PEPA ¡No!... ¡Te acechan!

CAT. ¡Por Dios!

LEAN. ¿Qué dices?

PEPA Que están los enemigos en tu propia casa.

CAT. ¡Pepa, por piedad!

LEAN. ¿Qué sucede? ¿Por qué ruegas?

PEPA ¿Sabes dónde se encuentra Gaspar Simó?

LEAN. Muerto.

PEPA ¡No!... Vivo.

LEAN. ¿Vivo?

PEPA Y en está casa.

CAT. ¡Calla!

LEAN. ¡Sigue!

PEPA ¿Y sabes quién le oculta?

CAT. ¡Basta, por Dios!

PEPA ¡Catalina, tu hermana!

LEAN. ¡Mientes!... ¿Verdad, Catalina?

PEPA ¡Ojalá no fuese cierta tu desventura!

LEAN. ¡Calla!

PEPA No callo. (Dirigiéndose á don Leandro.) Llama á esa puerta, y si te abren verás á tu enemigo; al ladrón de tu honra, á Gaspar Simó!

LEAN. ¡Imposible!... ¡Imposible!

CAT. ¡Leandro!

LEAN. ¡Dile á esa mujer que miente!

PEPA (A Catalina.) Dile á ese hombre que salga.

LEAN. (A Catalina también.) ¿Por qué callas? ¡Habla, habla pronto!

CAT. ¡Me faltan las fuerzas!... ¡Perdón! (Cayendo arrodillada.)

LEAN. ¡Ah!... ¡Arrodillada!

PEPA ¿Lo ves?... ¡Yo no podía engañarte!... ¡Allí, allí le tiene escondido!... Ella le hirió, pero ella le ampara.

LEAN. ¿Eso es verdad, Catalina?

PEPA ¿Y aún lo dudas?... ¿No ves que calla?... ¿No ves que llora?... Enmudeciendo y llorando, confiesan las mujeres.

CAT. ¡Por favor!

LEAN. ¡Infame, voy á matarte! (Se dirige á ella y se interpone Pepa, señalando la puerta que oculta á Gaspar.)

PEPA ¡No; á ella no! ¡Allí está él! ¡El asesino de tu honra! ¡Mata á la víbora, pero no á la envenenada!

CAT. ¡Leandro, no soy culpable!
LEAN. Culpable ó no, castigaré tu impudicia.
CAT. ¡Favor!
PEPA ¡Detente!

ESCENA VII

DICHOS y GASPAR SIMÓ

SIMÓ ¡Nadie toque á esta mujer!
CAT. ¿Con qué derecho?
SIMÓ ¡Eres mía!
PEPA ¡Sí; te robó!
LEAN. ¡Salteador, dispón á tu antojo!
SIMÓ ¡Valiente, no amenaces á una mujer!
LEAN. ¿Me pides cuentas?
SIMÓ No; te las doy.
LEAN. ¡Me debes mucho!
SIMÓ Te pagaré si quieres cobrarme. Yo soy deudor diligente cuando me saben reclamar los débitos. Pago siempre, y con usura...
LEAN. Yo pido sangre.
SIMÓ ¡Y yo lo mismo! (Cogiendo una espada. En toda esta escena, procura Catalina contener á Gaspar, y Pepa al lado de don Leandro, avivándole para el combate.)
CAT. ¡Por tu amor, Gaspar; no luches contra mi hermano!
PEPA ¡Por mi salvación, Leandro; no dejes á ese hombre con vida!
LEAN. ¡Defiéndete!
SIMÓ No; contra tí no puedo; no quiero defenderme.
CAT. ¡Detén tu brazo!
SIMÓ ¡No tengas miedo! ¡Le odio! ¡Pero es tu hermano!
LEAN. ¡Desprecio tu compasión! ¡Defiéndete! (Se oyen rumores.)
PEPA ¿Qué es eso?
LEAN. ¡Ahí están los tuyos! ¡Tienes quien te ayude!
CAT. ¡Esas gentes pueden socorrerle!... ¡Ellos, sí! (Se dirige hacia el balcón.) ¡Subid, subid! ¡Aquí está Simó!

PEPA ¡Calla, maldita! (Catalina forcejea con Pepa.)
CAT. ¡A mí!... ¡Socorro!...
PEPA ¡Miserable!... ¡Suelta! (La separa violentamente del balcón.)
SIMÓ ¡Huye si quieres! Después nos veremos. Tiempo tienes de reclamarme la vida.
LEAN. ¿Huir yo sin beber toda tu sangre? ¡Nunca!
SIMÓ ¡Hiere!
LEAN. ¡Sin vacilar!
SIMÓ ¡Te espero!
LEAN. ¡Miserable, muere! (Dándole una estocada.)
SIMÓ ¡Jesús! (Cayendo desplomado.)
CAT. ¡Gaspar! ¡Gaspar!... ¡Muerto!
PEPA ¡Muerto al fin!... ¡Se cumplió mi venganza! ¡Hijo, huye por allí!
LEAN. ¡No; aquí espero á esa chusma! ¡Que entren! (Forcejeando la puerta, que al fin salta.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, ANTONIO y VOLUNTARIOS liberales

ANT. ¡Viva Simó!
LEAN. ¿Buscáis á vuestro caudillo? ¿Buscáis al héroe que os condujo á la infamia? ¡Ahí le tenéis!
TODOS ¡Muerto!
ANT. ¡Asesinado!
LEAN. ¡Lo merecía!
TODOS ¡Muera! ¡Muera!
ANT. ¡Sí, que muera! (Dispara sobre don Leandro.)
LEAN. ¡Cobardes! (Cae.)
CAT. ¡Hermano mío!
PEPA ¡Mi Leandro! (Se arrodilla; después se levanta del suelo donde se arrodilló, y dice:) ¡Ya estamos satisfechos! ¡Ya corre junta la sangre de blancos y negros! ¡La guerra civil consuma su obra!
VOCES (Fuera.) ¡Viva España!... ¡Viva!
CAT. ¡Sí, viva España, y los españoles sucumben luchando unos contra otros!

FIN

NOTA

Para que el público pueda distinguir á primera vista los voluntarios realistas de los liberales, conviene que los primeros usen barretinas blancas y los segundos rojas. Unos y otros deben de ir armados con fusiles de distintos sistemas, escopetas, trabucos, etc., etc., puesto que son fuerzas irregulares, en las cuales no puede existir uniformidad de ninguna clase. También conviene para el mejor efecto de los cuadros plásticos, que los directores de escena procuren que los comparsas no se muevan militarmente, sino con la confusión propia de guerrilleros improvisados que desconocen la táctica.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martin*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no seran servidos.